

hombres que no admiten transacción alguna en materias de doctrina, así es que en cuanto creyó amenazado el catolicismo tradicional, no quiso conocer ni aceptar nada fuera de la estricta ortodoxia.

Director, desde 1502, del colegio de Montaigu y representante ya del espíritu pedagógico conservador, intervino en las contiendas religiosas á propósito de los tratados de Lefevre sobre las tres Magdalenas y sobre Santa Ana, y publicó en 1512 una *Declaración escolástica de la opinión y de los ritos de la Iglesia sobre la Magdalena única, contra la opinión de Lefevre y de Christophe* (probablemente Clichthove). La facultad de Teología estaba de acuerdo con Beda, quien, en 1520, fué nombrado síndico de la misma, cargo que conservó hasta 1533 y que le aseguraba un poder de dirección.

Los adversarios de toda reforma viéronse indirectamente favorecidos por los acontecimientos que fuera de Francia se desarrollaban, siendo tal vez la Reforma alemana la que comprometió la obra pacífica acometida por Lefevre de Etaples.

En efecto, Lutero en Alemania y Zuinglio en Suiza habían comenzado la lucha contra la Iglesia oficial, comunicándole muy pronto cierto aire de revolución. En 31 de octubre de 1517, Lutero había fijado en la puerta de la iglesia de Wittenberg las noventa y cinco proposiciones que debían engendrar la revolución religiosa; en 1520 había roto con el papa y en 1521, en la dieta de Worms, con la Iglesia y con el emperador. Melancton, uno de los humanistas más respetados de Alemania, habíase unido á él y varios príncipes alemanes apoyaban su causa. La primera dieta de Espira, celebrada en 1526, iba á reconocer el hecho de la Reforma, autorizando á los príncipes para obrar «del modo que creyeran deber responder ante Dios,» y en 1529 apareció el nombre de «protestantes» cuando los luteranos protestaron contra las decisiones imperiales.

Muy pronto se concretaron las doctrinas fundamentales que fueron formuladas en la dieta de Augsburgo de 1530. Restablecimiento del Evangelio, fuente de toda creencia; supresión de la mayoría de los sacramentos; el dogma de la transubstanciación en el sacrificio de la misa aceptado sólo mediante algunas reservas; proscripción del culto á la Virgen y á los Santos; negación de la salvación por las obras; la autoridad del papa rechazada; abolición de los votos monásticos y de la necesidad del celibato de los sacerdotes: sobre estas bases se constituyó el luteranismo entre 1520 y 1530.

Ahora bien, el nombre de Lutero había ya llegado en 1518 á Francia, en donde sus escritos fueron leídos, á lo menos por los eruditos y los teólogos, según lo atestiguan muchas cartas de principios de 1519. En 1520 se dice que sus libros se venden por centenares y que su doctrina encuentra buena acogida entre los sabios.

La doctrina de Zuinglio, que Francia conoció también casi al mismo tiempo, tenía muchos puntos de contacto con la de Lutero, de la cual difería en cuanto á las ideas sobre la misa, ya que Zuinglio negaba la presencia real en la Eucaristía. La reforma tal como la predicó Zuinglio y la propagaron sus discípulos agrupados en Zurich, en Neuchatel y en Berna, era más radical que la de Lutero y debía, por consiguiente, excitar

mucho más las desconfianzas del poder y las cóleras del clero.

Estos hechos fueron causa de que el partido de los reformistas franceses se dividiera poco á poco en dos, y no porque Lutero y Lefevre de Etaples no hubieran estado durante algún tiempo de acuerdo sobre los puntos fundamentales, ya que el primero califica en 1521 á Lefevre de *eruditionis et integritatis columen* (1) y éste, á su vez incluía á Lutero en el número de aquellos á quienes él «quería en Cristo,» sino porque mientras las doctrinas de los alemanes se concretaban y sus defensores pasaban de la idea á la acción, Lefevre mantenía-se irreduciblemente fijo en la línea de conducta que se había trazado, es decir, en la reforma sin revolución, la reforma por la Iglesia, en la Iglesia y con la Iglesia, lo que le hizo perder gran número de adeptos que se pasaron al protestantismo. Por otra parte, la Sorbona, que no quería ni siquiera una reforma moderada, afanóse, para combatirla, en confundirla con la revolución luterana.

La bula de excomunión lanzada contra Lutero por el papa en 1520 y el fracaso del coloquio de Worms de 1521 no consintieron ya las vacilaciones.

Entonces comenzaron á producirse las defecciones en el grupo de Meaux, de las cuales la más dolorosa y la que más graves consecuencias trajo consigo fué la de Clichthove (2), que había sido uno de los más fieles discípulos de Lefevre y uno de los primeros obreros del Renacimiento y de la Reforma francesa (3). Beda exclamaba en aquella ocasión: «Muestra (Clichthove) una audacia asombrosa hablando de Cristo y de los hechos de Cristo,» y daba á comprender que su fe podía muy bien ser sospechosa. Estas censuras, las amenazas y los temores excitados por el luteranismo, hicieron que Clichthove, en 1520, reingresara en la Iglesia mediante una brusca conversión, habiéndose luego retractado en el *Culte des Saints* (*Culto de los Santos*) (1523), en el *Anti-Luther* (*Anti-Lutero*) (1524) y en el *Sacrament de l'Eucharistie* (*Sacramento de la Eucaristía*) (1527), de todas las opiniones que al principio había defendido ó aceptado.

Por otra parte, la facultad de Teología dictó en abril de 1521 sentencia condenatoria contra las doctrinas luteranas. Aquella revolución, cuyos principales autores fueron, según parece, Beda (no el venerable, como escribía en tono de chanza un reformado aludiendo al antiguo venerable Beda), Duchesne y quizás Clichthove (1), produjo honda emoción en Alemania y Melancton publicó una protesta «contra el furioso decreto de los teologastros parisienses.»

(1) Columna de erudición y de integridad.

(2) Clerval, obra citada.

(3) A propósito de las Tres Magdalenas, escribía todavía en 1518: «Confieso francamente que la cosa ha parecido nueva á muchos, sobre todo en nuestra época, en la que la gente se complace en conservar las opiniones admitidas y en la que las ideas nuevas, aun siendo ciertas, no son fácilmente aceptadas... Pero he leído el libro y su lectura me ha movido á recurrir á los autores antiguos; pues bien, he comprobado que la creencia en una sola Magdalena fué, antes de la época de Gregorio (San Gregorio el Magno), una cosa tan nueva y paradójica como la afirmación, hecha hoy en día, de que hubo tres.»

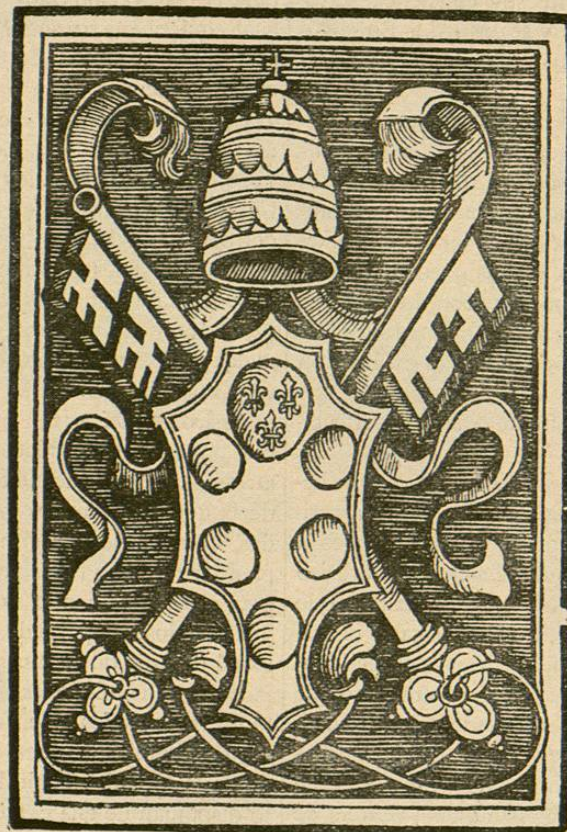
(4) El registro de la facultad sólo menciona á Beda y á Bartolomé.

Y es que la sentencia era, en efecto, el manifiesto del espíritu conservador católico, lanzado vigorosamente ante todos los innovadores, y que por el solo hecho de enumerar las doctrinas heréticas que rechazaba (1), contenía la definición de la ortodoxia. El documento de abril es el prólogo del concilio de Sens de 1528 (2) y de la deliberación de 1543, en la que la facultad de

comenzaba á organizar un poder de policía universitaria para los libros considerados como peligrosos. De día en día se iba estrechando el espacio para las ideas modernas y para los partidos intermediarios.

Sin embargo, Francisco I todavía vaciló durante mucho tiempo y sobre todo obró poco, y si no se mantuvo adicto á la concepción de la Reforma francesa ni

## Bulla contra Errores Martini Lutheri et sequatium.



Facsimile de la portada de la Bula de excomunión lanzada contra Lutero por León X en 1520

Teología fijará de una manera definitiva los puntos fundamentales del dogma. Y los teólogos de 1521 no se limitaron á las cuestiones de fe, sino que emprendieron la defensa de Aristóteles y de la escolástica, al mismo tiempo que la de la religión tradicional, haciendo un gran esfuerzo para recuperar todo el pasado universitario.

Casi al mismo tiempo, en 1.º de diciembre, la facultad de Teología condenaba el libro de las *Trois Madeleines* (*Tres Magdalenas*), lo cual demuestra hasta qué punto se trataba de confundir las dos reformas, y se

(1) Las proposiciones rechazadas se refieren á los sacramentos, á las constituciones de la Iglesia, á las obras, á los votos, á la penitencia, á la confesión, al Purgatorio, á los concilios, al libre arbitrio, á la teología, etc.

(2) Véase más adelante, pág. 244.

se adhirió jamás á la Reforma germánica, tampoco dirigió en ningún momento la campaña contra la una ó la otra: esta campaña fué dirigida hasta el final por la facultad de Teología y por el Parlamento, á los cuales se unió la mayoría del clero francés que continuó siendo católico. Dijose en otro tiempo que aquellas dos corporaciones habían sido instrumentos serviles del despotismo y del fanatismo real, lo cual es absolutamente erróneo, ya que obraron con toda independencia, mostrándose más bien contradictores que complacientes y defendiendo fanáticamente la causa del catolicismo. Francisco I, que tan enérgico fué contra toda resistencia política, comprendió instintivamente que la oposición de los católicos exaltados era mucho más temible, y cedió porque en ciertos momentos tuvo miedo.

A pesar de todo, Lefevre proseguía con la misma moderación y la misma firmeza su obra de restauración de la fe, y en una *Epistre exhortatoire à tous les chrestiens et chrestiennes* (*Epístola exhortatoria á todos los cristianos y cristianas*) escribía: «Ha llegado, por tanto, el tiempo en que Nuestro Señor Jesucristo, única salvación, verdad y vida, quiere que el Evangelio sea anunciado puramente á todo el mundo, á fin de que no sea desviado por otras doctrinas de los hombres.» «Caminemos, pues, hermanos míos, á la luz del Santo Evangelio... Dejemos la carne, tomemos el espíritu. Dejemos la muerte, tomemos la vida.» Y en 1529, en la *Manière de lire l'Evangile* (*Modo de leer el Evangelio*), decía: «Predicar el Evangelio no es sino que Jesús venga á nosotros y nosotros seamos conducidos á Él;» entonces el fiel se siente inflamado de «gran fuego y dilección divina por la que nuestro corazón y nuestra conciencia se regocijan y reciben paz, reposo y seguridad.» En estos conceptos está toda el alma de los primeros reformados.

A estas conmovedoras frases oponía Clichtove la doctrina de la facultad: «La inteligencia de los laicos jamás podrá comprender el sentido sublime que en los libros divinos se encierra. Si hombres versados desde su infancia en el estudio del latín y auxiliados por los comentarios de los doctores ortodoxos apenas pueden apreciar este sentido sublime, ¿cómo podrán lograrlo espíritus vulgares é inexpertos que jamás practicaron la lectura de los textos sagrados ni jamás recibieron la explicación de los mismos?»

Las dos doctrinas estaban frente á frente, perfectamente deslindadas.

En Meaux, Briçonnet empezaba á turbarse, y si hemos de dar crédito á su correspondencia con Margarita, comprendía que el terreno iba faltándole poco á poco: «La sabiduría consiste en callar.» «Será preciso que cubráis el fuego durante algún tiempo; la leña que queréis hacer arder es tan verde que apagaría el fuego.» La turbación de Briçonnet se debía á que la facultad de Teología emprendía la lucha contra él y á que á fines de 1522 había sido denunciado á la Sorbona. Además tenía Briçonnet ciertas ideas conservadoras muy arraigadas; en 1525 escribía la siguiente frase en la que se revela su carácter: «Visto que la palabra de Dios nos enseña que hemos de abstenernos hasta de las cosas buenas y lícitas cuando su uso puede producir escándalo en el prójimo...» Ahora bien: las pasiones se habían excitado muy de prisa en algunos creyentes de su diócesis haciendo desbordar las doctrinas de Lefevre de Etaples: algunos fieles de Meaux (1) rasgaron unos carteles fijados en la iglesia que contenían oraciones en honor de la Virgen y de los Santos, lo cual indicaba un luteranismo revolucionario que Briçonnet no aceptaba, y tal vez de entonces datan los mandamientos que escribió contra Lutero (2).

(1) La opinión popular, por muy exagerada que acaso fuese, demuestra por lo menos que Meaux era considerada como un centro activo de ideas de reforma. El *Bourgeois de Paris* dice: «La mayor parte de Meaux estaba infestada de la falsa doctrina de Lutero;» y habla, no sin desdén, de pobres gentes sospechosas que figuraban al lado de sabios: «un criado, un batanero de lana.»

(2) Hay duda entre las fechas de 1523 y 1526. Véase sobre ello S. Berger, *Le Procès de G. Briçonnet*, citado más adelante, «Société d'histoire du protestantisme,» 1895.

«Nadie, decía, se ha mostrado más temerario ni ha acometido con más energía con el hacha su raíz (la de la Iglesia) que Martín Lutero, quien derriba todo el orden jerárquico de la misma, trastorna y destruye el estado que mantiene á todos los demás en el deber (el clero), se esfuerza por borrar el recuerdo de la pasión del muy excelente Jesús, y considerando sin ninguna importancia el matrimonio espiritual (el sacerdocio)..., admite en él, sin escoger, al primer advenedizo para halagar al populacho... Ahora bien, como casi todo el mundo está lleno de sus libros..., temiendo que una planta tan venenosa eche raíces en el campo que nos está confiado, prohibimos comprar, leer, poseer, vender ó aprobar, justificar y comunicar en las reuniones públicas y en las conversaciones privadas los libros de dicho Martín.» Además prohibía á su clero que permitiera la predicación á los luteranos «y á todos los otros, cualesquiera que sea su grado, preeminencia ó cualidad, que hagan profesión de las doctrinas de éstos ó que os sean desconocidos.»

Las circunstancias generales no eran favorables á los movimientos de ideas. Los años 1523, 1524, 1525 y 1526 estuvieron preñados de peligros: conspiración del Condestable, fracasos en Italia, invasión de Provenza, derrota de Pavía, cautiverio de Madrid, y en el interior, aun después de abortado el complot de Borbón, toda clase de disturbios y de amenazas. Desde 1523 los *aventureros* multiplicaban sus «pillerías, crueldades y maldades hasta el punto de querer asaltar las ciudades cerradas, algunas de las cuales tomaron por asalto y saquearon.» En 1524, un terrible incendio destruyó casi por entero la ciudad de Troyes, catástrofe que fué atribuída á los «incendiarios,» y acerca de la cual se decía que los enemigos habían enviado gentes disfrazadas, quiénes de peregrinos, quiénes de viajeros, para prender fuego en todas partes. En París mismo reinaba gran alarma, habiendo sido expulsados los extranjeros y habiéndose organizado una ronda especial que funcionó durante dos años.

En estas condiciones, Luisa de Saboya, regente durante la cautividad de Francisco I, apretó los resortes de gobierno: necesitaba la opinión pública, sobre todo en la capital, y como la Universidad y el Parlamento disponían de ella casi en absoluto, fué preciso darles algunas satisfacciones.

El gran peligro para la ortodoxia procedía de los libros y en particular de las traducciones. Como los escritos alemanes de Lutero ó de sus amigos eran inaccesibles para la inmensa mayoría de los lectores franceses, se les tradujo primeramente á la lengua entonces casi universal, al latín. En 1525, el alemán Bucer decía en una carta dirigida «á los hermanos de Francia iniciados en el Evangelio:» «Muchos han comenzado ya á traducir al latín los escritos alemanes de Lutero, á fin de que sean inteligibles para vosotros y para los que hablan otros idiomas (distintos del alemán);» y en esta forma latina los tales escritos penetraban cada vez en mayor número en el reino. Al mismo tiempo, comenzaban á difundirse las traducciones francesas de la Escritura; de aquí que se multiplicaran las decisiones de la facultad de Teología y las ordenanzas reales para dificultar la publicación de los libros sospechosos.

En 1525 se realizó una especie de concentración de

fuerzas destinadas á combatir la herejía luterana, sin perjuicio de las demás. Una bula del papa Clemente VII promulgada en mayo, á petición de la regente, confirió á tres miembros del Parlamento y á uno de los curas de París la misión de buscar á los sectarios

mismos términos hasta el fin del reinado. En el entre tanto Gerardo Roussel escribía en 27 de septiembre: «La cautividad de nuestro rey ha hecho enderezar la cresta á nuestros adversarios, hasta el punto de que están convencidos de que triunfarán...» Y hablando de



Martín Lutero. Facsimile de un grabado de Daniel Hopfer

de herejías, ordenándoles que procedieran, sin que de sus resoluciones pudiera apelarse ni siquiera ante el Tribunal de Roma, contra todos los sospechosos «cualquiera que fuese su dignidad: eclesiástica, episcopal y aun archiepiscopal, laica y hasta ducal.» La regente se apresuró á dar á la bula carácter ejecutivo, «queriendo tener en la mano el que una obra tan buena, tan santa, tan saludable, produjera su efecto pleno y entero.» Pero el efecto no fué ni pleno ni entero, porque aquella ordenanza señala el comienzo de una serie de medidas que será necesario repetir sin cesar, casi en los

los actos de los cuatro comisarios, todos «de la misma harina,» añadía: «Si este régimen de rigor dura, nadie se atreverá á anunciar el reinado de Cristo.»

En efecto, las persecuciones comenzaron muy pronto: Juan Valliere, de Falaise, fué tal vez el primero de los mártires, siendo quemado vivo en París en 8 de agosto de 1523; Amado Maigret, que había predicado en Grenoble y en Lyon en 1524, fué denunciado á la Sorbona y arrestado por orden de la regente y del canciller, habiendo recibido la facultad de Teología el encargo de «determinar y decidir todo este negocio, en honor de